

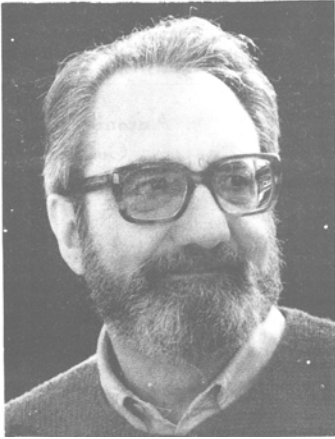
El arte del cuento

Uno de los más ilustres cultivadores del cuento literario, Julio Cortázar, opinaba que este género debe comportarse como "una máquina infalible destinada a cumplir una misión narrativa con la máxima economía de medios".

Es decir, una esfera plena y autónoma, un mecanismo de precisión cuyos componentes estén estrechamente encadenados y relacionados de forma irreversible. Así ocurre, desde luego, en las mejores piezas del género que se han escrito, y así ocurre en los cuentos de Antonio Pereira.

Pereira ha realizado ahora una *Selección personal de relatos*, una antología con algunos de los mejores cuentos publicados por el escritor, junto con otros inéditos o no aparecidos en libro. Sesenta y ocho historias en total agrupadas en cuatro bloques temáticos: "Mundo ni ancho ni ajeno", "Historias del noroeste", "Cuentos de Madrid" y "Antes que el tiempo muera en nuestros brazos". Los tres primeros tienen una referencia espacial, y realmente en la mayoría de las historias el espacio supera su papel como marco de la acción para convertirse en protagonista. El escritor explora deliberadamente el valor del espacio como eje capaz de condicionar todos los componentes de la historia, desde los personajes a la voz del narrador. En el último bloque los cuentos rescatan imágenes de un tiempo aún no demasiado lejano cuyo recuerdo no conviene perder.

En los cuentos de Antonio Pereira todo (como quería Cortázar) tiene la máxima funcionalidad, avanza mediante encadenamientos causales sin dilaciones, con una notable tensión cohesiva. Con mucha frecuencia la historia narrada explota el contraste entre apariencia y realidad, o entre lo real y lo imaginario. El autor se apoya en la ilusión realista para crear unas determinadas expectativas de confianza en el lector, que después se quiebran a través de pequeñas fisuras por las que se cuele la otra cara de la realidad: lo fantástico, ocultas dimensiones que así resultan doblemente inquietantes e impredecibles. Al superar las limitaciones de lo real, todas las cosas y los individuos, con su tiempo y su espacio, recuperan la virtualidad que les es inherente o que les aporta la perspectiva del escritor. En ese proceso de reconstrucción de latencias una parte importante de la tarea corresponde al lector, activo y creador casi; el narrador demora su atención, dilata la confianza para llevarle prendido por un enigma al que se alude sin mencionarlo claramente, lo



atrapa con un lenguaje rico y sugerente, con la complicidad de la ironía, con la expresión exacta y los silencios bien dosificados. Condensación y tensión son las palabras clave, logradas mediante una exquisita síntesis del lenguaje y de la estructura de la historia. Por otra parte, la fascinación por el narrar hace que el escritor lleve a cabo en todo momento una compleja indagación en el proceso de la creación narrativa, desarrollándola a veces explícitamente en relatos metafictivos.

Antonio Pereira es un maestro en crear esa atmósfera de intimidad con el lector que el cuento debe tener y que se construye como una apariencia de oralidad, a través de un tono conversacional de espontaneidad sabiamente estudiada. No en vano, en el Prólogo con que se presenta esta selección de relatos, el escritor concluye sus reflexiones con un jugosísimo y aleccionador "decálogo para cuentistas" cuyo séptimo mandamiento aconseja "Explotar la voz imaginada del narrador", porque "un cuento es la ficción de una voz".

Helena FIDALGO ROBLEDA